



Revista de Estudios Marítimos y Sociales

Publicación científica de carácter semestral

Año 14 - Número 18 - Enero de 2021 - Mar del Plata - Argentina - ISSN 2545-6237

Naturalismo y Nazismo: la política devenida en tragedia

Naturalism and Nazism: the politics turned into tragedy

Ricardo Goñi [^]

Facultad de Ciencias de la Gestión, Universidad Autónoma de Entre Ríos (UADER), Argentina.

Correo electrónico: rgg.estudio@gmail.com

[^] Secretario de Investigación y Posgrado de la Facultad de Ciencias de la Gestión, Universidad Autónoma de Entre Ríos (UADER). Dirección de contacto: rgg.estudio@gmail.com



Naturalismo y Nazismo: la política devenida en tragedia

Naturalism and Nazism: the politics turned into tragedy

Ricardo Goñi*

Recibido: 11 de julio 2020

Aceptado: 10 de agosto 2020

Resumen

Si bien el conflicto es un componente básico tanto de la tragedia como de la política, el de la tragedia es irresoluble, mientras que el de la política por lo general deja un espacio para la negociación y el acuerdo entre las fuerzas en pugna. Sobre esa base, aquí se examina el “conflicto de razas” que animó la política nazi desde su perspectiva naturalista, la que dio lugar a un plan ecológico sin precedentes: leyes de protección de la naturaleza, desarrollo de la agricultura biodinámica, estímulo al romanticismo agrario y al anti-urbanismo, promoción de la eugenesia (como parte de la “higiene racial”), búsqueda del “espacio vital” (y su contexto ambiental), entre otras iniciativas. Se concluye, por un lado, que la política del régimen nazi devino en tragedia y, como en *Antígona*, se encaminó desde el comienzo hacia un final funesto. Por el otro, se reconocen tanto la ideología como en los planes de gobierno del nazismo elementos propios de la ecología (de la ecología científica y del ecologismo) que no estuvieron exentos de responsabilidades en el Holocausto; y viceversa, se reconocen elementos del naturalismo nazi en grupos neonazi y parte del movimiento ecologista contemporáneo.

Palabras clave: política – tragedia – nazismo – naturalismo - ecologismo

Abstract

Although conflict is a basic component of both tragedy and politics, that of tragedy is unsolvable, while that of politics generally leaves room for negotiation and agreement between the competing forces. On that basis, here we examine the “race conflict” that fueled Nazi politics from its naturalistic perspective, which led to an unprecedented ecological plan: nature protection laws, development of biodynamic agriculture, stimulation of agrarian romanticism and anti-urbanism, promotion of eugenics (as part of “racial hygiene”), search for “vital space” (and its environmental context), among other initiatives. It is concluded, on the one hand, that the policy of the Nazi regime turned into tragedy and, as in *Antigone*, it was directed from the beginning towards a fatal end. On the other hand, both the ideology and the plans of government of Nazism recognize elements typical of ecology (of scientific ecology and ecologism) that were not exempt from responsibilities in the Holocaust; and vice versa, elements of Nazi naturalism are recognized in neo-Nazi groups and part of the contemporary ecological movement.

Key words: politics – tragedy – Nazism – naturalism - ecologism

* Secretario de Investigación y Posgrado de la Facultad de Ciencias de la Gestión, Universidad Autónoma de Entre Ríos (UADER). Dirección de contacto: rgg.estudio@gmail.com



Introducción

En *Antígona*, la obra de Sófocles, un clásico de la antigua tragedia griega, se contrastan dos sistemas de valores: el familiar (basado en la obediencia a las leyes de los dioses), que está representado por la joven Antígona, y el de la razón civil (fundado en el respeto a las leyes del Estado), encarnado por Creonte, rey de Tebas, tío de Antígona. En la mitología griega, Antígona es hija de Edipo (rey de Tebas anterior) y Yocasta, y hermana de Ismene, Eteocles y Polinices. Cuando regresa a la ciudad, luego de la muerte de su padre, a quien acompañó hasta entonces en su exilio, Antígona debe tomar una decisión: o cumplir la ley promulgada por Creonte para poder subsistir, dejando a **su hermano Polinices muerto en las afueras de la ciudad** para que lo devoren los animales (como testigo de su osadía de haber pedido apoyo a un país extranjero y marchar sobre Tebas para arrebatarse el poder a Eteocles) o, por el contrario, desobedecerla, actuando según las leyes de los dioses, y dándole sepultura, decisión que finalmente toma y que debe pagar con su muerte. He aquí la esencia misma de la tragedia: el desenlace fatídico.

La tragedia griega exhibe el sufrimiento de los héroes, no como modelos a seguir o a imitar, sino como una invitación a la reflexión sobre los límites de la naturaleza humana frente a la ley y el orden. En tal sentido, es considerada un instrumento político destinado a instruir al ciudadano. El castigo que Creonte le aplica a Antígona es un mensaje de respeto y confianza a la ley del Estado, que siempre debe imponerse por sobre la voluntad de los mortales, aun contrariando la ley de los Dioses. A partir de allí se comprende el papel del Coro (ser colectivo que expresa los sentimientos de la comunidad cívica), que no es capaz de defender a Antígona, aun siendo consciente de que es víctima de una injusticia. No es casual entonces que la tragedia griega sea caracterizada como un género vinculado de manera muy estrecha a la realidad social de la época, podría decirse, una metáfora de la fascinante historia -turbulenta y ambigua- de la Atenas del siglo V a. C.¹, en pleno apogeo económico, político y cultural, por un lado, y en medio de una guerra donde la muerte se presentaba en sus variantes más feroces, por el otro.

¹ La primera representación de *Antígona* se remonta a 442 a. C.



Se ha señalado que la tragedia permite pensar la política [Rinesi 2015], ya que en ambas el conflicto constituye uno de sus núcleos básicos. Ello en tanto se diferencie el conflicto de la tragedia de aquel que anima a la política: el primero es irresoluble por su propia naturaleza (“o por la torpeza de los hombres que se las deben ver con él”); el segundo tiende a que las fuerzas en pugna encuentren una forma de negociar sus diferencias, tratando “... que los hombres logren permanecer siempre ‘un pasito más acá’ del precipicio” [Rinesi 2015: 274]. Es decir, pensar la política a partir de la tragedia (o del pensamiento trágico) supone dar cuenta de que el conflicto es constitutivo en ambas, conscientes, sin embargo, de que se trata de conflictos cuyo desenlace es diferente: la tragedia siempre termina mal; la política, aunque no siempre llegue a un “final feliz”, procura un final de negociación entre las partes en pugna. Por otro lado, el espacio de la política, por definición, no puede ser sólo conflicto, división y antagonismo, sino que debe estar delineado por los dos grandes “... principios generadores de cualquier sociedad: el conflicto y el poder. O, si se prefiere: la división y la articulación, la apertura y el cierre, el desorden y el orden” [Rinesi 2011: 17].

En ese marco, aquí se propone repensar algunos elementos de la política de la Alemania nazi (1933-1945), trazando un paralelismo con *Antígona*. Nótese que, en contraste con lo señalado por Rinesi, el conflicto de la Alemania nazi agota en sí mismo el espacio de la política, ya que es irresoluble y, como en la tragedia, desde el comienzo se encamina inexorablemente hacia un final funesto. En particular, aquí se analiza el conflicto de la política del nacionalsocialismo desde una perspectiva poco examinada: la perspectiva “naturalista”, de la defensa del “orden natural”, lo inmanente y lo tradicional, signos inequívocos del régimen nazi. El régimen nazi rindió un culto a la naturaleza, formuló e implementó un sistema legal de protección hasta entonces inédito, practicó la agricultura orgánica, promovió el vegetarianismo, entre otros elementos que no sólo fueron claves en su ideología, sino que formaron parte de su política de gobierno. Es importante señalar que estos temas se fueron resignificando con el tiempo de manera constante y algunos de los temas del naturalismo nazi marcaron sus huellas en grupos neonazis y parte del movimiento ecologista-ambientalista² de la actualidad [Biehl y Staudenmaier 2019].

² Si bien se suele diferenciar los términos “ecologismo” y “ambientalismo” por el perfil más “antropocéntrico” de este último, a los efectos de este trabajo tales distinciones se consideran irrelevantes.



El Naturalismo en el tercer Reich

“En el nuevo Reich no debe haber cabida para la crueldad con los animales” (“*Im neuen Reich darf es keine Tierquälerei mehr geben*”), frase pronunciada por Hitler antes de la sanción de la ley de protección de los animales (*Tierschutzgesetz* de 1933). Luego vendrían las leyes de regulación de la caza (*Jagdgesetz* de 1934) y de protección de la naturaleza (*Naturschutzgesetz* de 1935), completando así un cuerpo legal ecológico de características únicas hasta entonces. Tratándose de las tres primeras leyes que armonizaron una serie de principios ecológicos con un proyecto político con ambición de poder real, es muy llamativo que prácticamente no haya referencias de primera mano en la literatura actual (una excepción es *El nuevo orden ecológico* de Luc Ferry, 1994). O bien se han omitido las citas, o bien no han sido debidamente examinadas, pese a que fueron utilizadas como modelos en el desarrollo de gran parte de la legislación ambiental europea. No hay que perder de vista que se trata de textos cuidadosamente elaborados, que no surgieron de manera aislada sino desde una cosmovisión malthusiana y socialdarwinista, en el que la sociedad se rige por las leyes de la Naturaleza (así, con mayúscula). El preámbulo de la antes citada ley de protección de la naturaleza consta de cinco puntos que ayudan a comprender la dimensión del concepto de Naturaleza en el régimen nazi, por lo que se resumen textualmente:

(1°) Hoy como antaño, la naturaleza, en los bosques y en los campos, es objeto de fervor nostálgico (*Sehnsucht*), de la alegría y asimismo el medio de regeneración del pueblo alemán. (2°) Nuestra campiña nacional (*Heimatliche Landschaft*) ha sido profundamente modificada en relación con épocas originales, su flora ha sido alterada de múltiples maneras por la industria agrícola y forestal así como por la concentración parcelaria unilateral y el monocultivo de las coníferas (...). (3°) Hoy en día ha surgido una conciencia clara de los daños intelectuales, pero también económicos de semejante trastocamiento de la campiña alemana. (4°) Antes los emplazamientos de los “monumentos nacionales” (...) sólo podían dotarse de medidas de protección a medias porque no se contaba con condiciones políticas e intelectuales (...) Únicamente la metamorfosis del hombre alemán iba a poder crear las condiciones previas de una protección eficaz de la naturaleza. (5°) El gobierno alemán del *Reich* considera su deber garantizar a nuestros compatriotas, incluso a los más pobres, su parte de belleza natural alemana [Ferry 1994: 158]

El respeto a los animales se basaba en la reivindicación *per se* del valor primordial de la vida, notable extravagancia en boca de un nazi. Esta concepción, que en su devenir



histórico dio lugar en la década del '70 a la corriente denominada “biocentrismo”, considera relevantes desde el punto de vista moral a todas las especies que habitan el planeta por igual (en todas sus categorías taxonómicas), por el sólo hecho de “tener vida” [Gudynas 2010, Schmidt 2016]. Ernest Haeckel (1834-1919), mencionado como el “padre” de la Ecología, fue uno de los precursores de la igualdad biológica, al postular que el hombre sólo se diferencia del animal por su constitución biológica, sin consideración alguna sobre la capacidad humana de simbolizar el mundo, el lenguaje, la cultura. En ese contexto, los nazis adoptaron una concepción de la naturaleza opuesta a la visión “humanizada” y artificial de la naturaleza del clasicismo francés. El biólogo alemán Walther Schoenichen (otro teórico naturalista del régimen nazi) decía:

(La naturaleza) designa en primer lugar unos objetos y unos fenómenos que se han hecho por sí solos, sin la intervención del hombre (...) (En consecuencia) la ausencia, incluso la exclusión, de cualquier intervención de los hombres constituye el rasgo absolutamente característico de la naturaleza (...) (Así) el mundo natural es en sí mismo digno de respeto, independientemente de cualquier consideración de los seres humanos [Schoenichen 1942, *Protección de la naturaleza como tarea cultural popular -völkisch- e internacional*, citado por Ferry 1994: 153-154]

La naturaleza tenía una trascendencia científica, histórica y patriótica. Los teóricos de la Escuela de *Frankfurt* vieron en el régimen nazi [“síntesis satánica de razón y naturaleza”, Horkheimer 2002: 137, citado por Más Torres 1987: 54] la culminación de un proceso de racionalización cuyo germen se encontraría en la Ilustración, al haber guiado al hombre moderno a perseguir como fin la dominación de la naturaleza mediante la técnica, tal como lo sostienen Horkheimer y Adorno en su *Dialéctica de la Ilustración* [Yakushi 2012]. Nótese, entonces, que los planes de protección no fueron frutos de la improvisación: la “naturaleza natural” era la fuente del modo de ser germánico, la madre afectuosa y acogedora, el escenario para la experimentación de la ley del más fuerte. Allí, triunfarían los más preparados y mejores dotados genéticamente: en el caso de la especie humana -aun sin ser parte de la naturaleza- tales “atributos” le corresponderían a la “raza aria” (sin entrar en ningún tipo de consideración -ni biológica, ni cultural, ni moral- de tal aberración). Por ello, el culto a la Naturaleza era en agradecimiento a su generosidad de haber dotado a la raza aria como la más fuerte y superior de la humanidad. “Con tales designios la razón -como criterio- quedaba sepultada bajo el imperativo totalitario de



renovar todo el planeta en los términos de purificación racial: ‘La ceguera embiste contra todo porque no comprende nada’, decían al respecto Horkheimer y Adorno” [Entel et al. 1999].³

Otro de los pilares de la ideología nazi fue el “darwinismo social”, una corriente fundada por el sociólogo Herbert Spencer, autor de la “teoría social de la evolución” que presentó a fines del siglo XIX como una proyección de la teoría biológica de la “selección natural” de Darwin. En sus “Ensayos científicos, políticos y especulativos” (1891), Spencer conjeturaba que las sociedades humanas eran organismos que “evolucionaban” linealmente desde formas menos coherentes hacia otras más coherentes, proceso que, según el autor, estaba orientado por la eficiencia, y cuyo motor era la lucha por la supervivencia. A favor de Darwin hay que señalar que nunca avaló de manera explícita a Spencer, si bien –para opacar aquella virtud- nunca lo refutó. Cabe recordar que en Inglaterra -donde Darwin tuvo una notable influencia académica- los “indios primitivos” de Tierra del Fuego (que tanto intimidaron al padre de la selección natural) fueron considerados eslabones entre el mono y el hombre, o –en la cosmovisión nazi- como “razas” inferiores.

El que sí avaló las vaguedades de Spencer fue Haeckel (quizás el principal ideólogo del nacionalismo racista germano), quien sostenía que el darwinismo era no sólo una teoría científica y filosófica sino también -y fundamentalmente- una bandera de lucha política (la “supervivencia de los más aptos”). Al fundar la Liga Monista, Haeckel propuso una convergencia entre la ecología científica y una visión social *völkisch* (término que no tiene traducción pero que significa, aproximadamente, “étnico-racista”), en algo así como una “religión de la ciencia” que invitaba a pensar los fenómenos sociales y la ética a partir de la biología. Para los monistas, que no concebían la igualdad entre los hombres, sólo eran útiles las “razas” que poseían determinadas características físicas y morales.

Con Haeckel (que acuñó el perverso eslogan “la política es biología aplicada”), el racismo se convirtió en una agresiva ideología. Su conjunción con el populismo *völkisch* y la exaltación teosófica de la raza aria alimentó la receta nazi. (...) La guerra era vista como un conflicto racial y la eugenesia era imperativa para evitar la

³ <http://www.walterbenjamin.org.ar/down/EscuelaFrankfurtIII.pdf>



degeneración de la raza, tanto como la eliminación de los minusválidos [Salmerón y Alonso, 2009: 421]

Llamativamente, sin embargo, Haeckel es reconocido por haber definido en 1867 a la “ecología” como una disciplina dedicada al estudio de las relaciones entre los organismos y el ambiente, o por haber acuñado una serie de términos biológicos, como “protista”, “phylum”, “filogenia”, “ley de recapitulación”, todos vigentes, antes que por profesar la superioridad racial de los nórdicos, oponerse al mestizaje (mezcla racial), o apoyar la eugenesia (el “buen nacimiento”) y, de ese modo, haber sido el mentor de un pensamiento que sirvió como semillero del antisemitismo nazi [Biehl y Staudenmaier 2019].

Otro teórico naturalista del nazismo fue el botánico y genetista Ernst Lehmann, profesor de Botánica de la Universidad de Kiel, quien caracterizó al Nacional Socialismo como “Biología política aplicada”. Si bien es poco lo que se conoce de Lehmann, la siguiente frase (síntesis del naturalismo nazi) revela su influencia en la configuración de la ideología nazi.

Reconocemos que separar a la humanidad de la naturaleza, del conjunto de la vida, conduce la propia destrucción de la humanidad y a la muerte de las naciones. Solo mediante una reintegración de la humanidad en el conjunto de la naturaleza puede fortalecerse nuestro pueblo. (...) La humanidad sola ya no es el centro del pensamiento, sino que más bien lo es la vida en su conjunto (...) Esa lucha hacia la conectividad con la totalidad de la vida, con la naturaleza misma, una naturaleza en la que nacemos, es el significado más profundo y la auténtica esencia del pensamiento nacionalsocialista [Lehmann 1934: 10-11]

El componente ideológico del naturalismo místico fue asumido por todos los jefes del régimen nazi, desde Himmler a Goebbels (el menos permeable a las ideas ecologistas). Craso error sería suponer que no había convicciones, y que sólo se trataba de una especulación con fines electoralistas o propagandísticos. Ricardo Walther Darré, un militar de nacionalidad argentina, miembro de las SS y teórico destacado de la “pureza racial”, se desempeñó como “líder campesino del Reich” (*Reichsbauernführer*), director de la Oficina de la Raza y el Reasentamiento (donde desarrolló un plan para expandir la raza en el “espacio vital”, clave para la política de ocupación territorial de Hitler) y ministro de Alimentación y Agricultura (1933-1942). En 1930 Darré proclamó: “La unidad de sangre y tierra debe ser restaurada”, discurso que más tarde fue publicado en

Ricardo Goñi “Naturalismo y Nazismo: la política devenida en tragedia”, *Revista de Estudios Marítimos y Sociales*, Nº 18, enero 2021, pp. 261-289.



“La sangre y la tierra como cimientos vitales de la raza nórdica” [Darré 1939: 28, citado por Biehl y Staudenmaier 2019: 36]. Así infería una conexión cuasi mística entre la “sangre” -la raza o el *Volk*- y la “tierra” -el suelo y el entorno natural- de los pueblos germanos, conexión que –según Darré- estaba ausente entre los celtas, eslavos y judíos. Para los fanáticos de “sangre y tierra”, el pueblo judío era nómada, sin raíces y, por lo tanto, incapaz de generar algún tipo de relación auténtica con la tierra. Solo la sangre alemana tenía el derecho exclusivo sobre el sagrado suelo alemán [Biehl y Staudenmaier 2019].

El notable impulso de “sangre y tierra” llegó de la mano de la antroposofía (o ciencia espiritual) y de las técnicas agroecológicas comprendidas dentro de la denominada “agricultura biodinámica”⁴ (ambas creaciones de Rudolf Steiner), junto con el rechazo al monocultivo, los fertilizantes artificiales y la tecnificación de la agricultura. No es ocioso resaltar que los planes de Darré no fueron “independientes” de la política nazi de ocupación territorial. Por el contrario, ya en guerra, en el marco del plan de expansión geográfica, desde el ministerio de Alimentación y Agricultura se forjó una estrecha cooperación entre los cultivadores biodinámicos y las SS a través de varios proyectos de asentamiento en el Este europeo [Biehl y Staudenmaier 2019], lo cual pone en evidencia que la política ecológica de Darré no estuvo al margen -como suele señalarse- del Holocausto.

Está claro que el reconocimiento de las afinidades entre el régimen nazi y la ecología (tanto de la ecología científica como del “discurso ecológico”⁵) ha generado turbulencias dentro del movimiento ecologista, algunos de cuyos sectores han optado por eludir las y aun negarlas. No obstante, es necesario difundir tales afinidades, no solo para comprender la macabra historia del nazismo sino también para poder vislumbrar los peligros que entraña su resignificación en una parte del ecologismo más conservador y en grupos

⁴ Método propuesto por Steiner en Alemania (1924) basado en la utilización de distintos preparados orgánicos para transferir poderes sobrenaturales y fuerzas cósmicas al suelo, y de ese modo mejorar su fertilidad. Actualmente es considerado como un estilo de agricultura ecológica [Sarandón y Flores, 2014].

⁵ Discurso ecológico: cuando la Ecología rompe sus relaciones articulativas y se desplaza a un lugar dominante, reduciendo todos los componentes co-participativos (sociales, económicos, culturales) a lo puramente ecológico. Es cuando la Ecología se transforma en ecologismo [Mires 1990].



neonazis que han incorporado el discurso ecológico, tema sobre el que se volverá más adelante.

¿Eliminación o aislamiento?

Para la ideología nazi la especie humana -en conformidad con los principios de la igualdad biológica- era también sujeto de protección, al igual que la Naturaleza “no humanizada” (flora, fauna y pueblos originarios), como se señaló más arriba. Sin embargo, había que hacer una salvedad: no toda la especie humana era sujeto de ese derecho, sino solo la “raza” mejor dotada genéticamente para la lucha por la supervivencia: la “raza aria superior”, tal como se refería el propio Hitler⁶, quien utilizaba indistintamente los términos “razas”, “grupos” y “pueblos” [Holocaust Encyclopedia, 2019]. Los pueblos originarios del tercer mundo, por ejemplo, eran considerados “pueblos naturales”, es decir, parte de la Naturaleza “no humanizada”. Por ello, en el contexto de protección de la naturaleza, tenían que mantener su condición “natural”, aislados de la civilización, sin posibilidades de entrecruzamientos y sin ningún contacto con la raza aria. Así, se planteaba que para preservar la identidad aria era necesario poner freno al mestizaje (*miscegenation*) en todas sus variantes, evitando combinaciones genéticas con las “razas inferiores” (judíos, romaníes, personas discapacitadas, homosexuales, minorías étnicas afro-alemanas, etc.) y con los “pueblos naturales” [Ferry 1994]. Schoenichen se preguntaba al respecto: “¿para qué luchar por la preservación de las especies animales y aceptar, al mismo tiempo, la desaparición de las razas humanas a través de un mestizaje generalizado?” [Ferry 1994: 162]. (Véase más adelante, el paralelismo entre esta concepción y la iniciativa de “conservación de la diversidad cultural” que llevó al aislamiento de los Yanomamis).

Desde la perspectiva ideológica del nazismo, el “conflicto de razas” no sólo se veía reflejado en la puja por la ocupación de los espacios del planeta (el “espacio vital”) sino también en acciones de debilitamiento de la raza aria, dentro de las cuales el mestizaje era la mayor amenaza, más peligrosa incluso que una eventual invasión del territorio, ya que podía ocasionar una degeneración racial de carácter irreversible [Ferry 1994]. Esto

⁶ En los términos del filósofo francés, Joseph Arthur de Gobineau [2014].



dio lugar a dos posturas dentro del *stablishment* nazi con respecto al tratamiento de las “razas inferiores”: una que proponía el aislamiento; la otra, la eliminación. La primera predominó durante los primeros años del régimen: desde la llegada de Hitler al poder en 1933 hasta el invierno de 1941-1942, más precisamente, hasta la batalla de Moscú de entre el 2 de octubre de 1941 y el 7 de enero de 1942. Durante ese período los judíos fueron estigmatizados, humillados y sometidos a un proceso de empobrecimiento sistemático: hubo detenciones, boicots económicos, expulsiones masivas de Europa, esterilizaciones forzadas, reclusiones en guetos, etc., con lo cual (los que pudieron) tuvieron que abandonar el país [Rafecas 2012]. Pero a pesar de ello -sin subestimar los perjuicios- el exterminio aún no se había puesto en marcha: el acoso al que fueron sometidos los judíos hasta entonces, si bien intolerable, no estaba relacionado con la previsión de conducirlos a un exterminio físico, sino más bien a suprimir totalmente su influencia dentro de la comunidad alemana y europea, procurando en ese marco –de manera cada vez más inescrupulosa- su emigración masiva [Rafecas 2012].

Hasta que en 1941-1942 ocurrieron dos cosas inesperadas para los nazis: por un lado, el fracaso de los ataques aéreos a Londres, hecho que los forzó a abandonar el “Plan Madagascar” [Zimmerman 2014], un plan de “relocalización” y aislamiento de los judíos en la isla africana a manera de “reserva”, cuyo éxito dependía de la invasión previa a Gran Bretaña, clave para asegurar el traslado de los prisioneros por vía marítima. Por el otro, la llegada del invierno -particularmente crudo ese año- que produjo una paralización de la ofensiva alemana en las puertas de Moscú. Esto hizo abortar la segunda opción de deportación de judíos a los confines de la Unión Soviética, tal como lo preveía el “Plan Siberia” [Zimmerman 2014]. Descartadas entonces las dos alternativas territoriales para el “aislamiento” judío, comenzó una etapa en la que se impuso la segunda postura, la de la eliminación. Se inició entonces una de las fases más siniestras conocidas en la Historia de la Humanidad: la de la “Solución Final”, con la cual la amenaza de Hitler de “aniquilar la raza judía en Europa” cobró forma real hasta finales de la guerra. Luego sobrevino el genocidio: Auschwitz, las cámaras de gas, los hornos crematorios, el exterminio.



Componentes ecologistas del nazismo y viceversa

Huelga decirlo: no es lo mismo nazismo y ecologismo. Sin embargo, es necesario reiterarlo por una razón fundamental: plantear que es lo mismo significaría una negación o banalización del Holocausto, dos formas –quizás más sutiles- de antisemitismo. No obstante, también es necesario señalar que todos los componentes del proyecto nazi tuvieron implicancias en el Holocausto y que, en ese marco, el ecológico no estuvo al margen del genocidio. Más aún, como se planteó anteriormente, bajo el manto de la protección de la naturaleza (social darwinismo, malthusianismo y biología política aplicada como marco teórico) se justificó el “conflicto de razas”, la eugenesia, la supervivencia del más fuerte, el “espacio vital”, entre otros, elementos centrales de la ideología racista del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán (NSDAP). De hecho, el “ala verde del partido nazi” (e.g., R. W. Darré, Alwin Seifert, Rudolf Hess), que contaba con el apoyo explícito de Hitler y Himmler [Kukso 2004], profesó un antisemitismo brutal. Es decir, su condición de ecologistas no los hizo menos sanguinarios.

Por otra parte, hoy se sabe que el nazismo se nutrió no solo con los aportes de la “ecología científica”, sino con recursos humanos procedentes del campo ecologista-naturalista. Durante las tres primeras décadas del siglo XX hubo en Alemania un movimiento juvenil contracultural conocido como *Wandervögel* (cuya traducción aproximada sería “espíritus libres andantes”), una mezcla de neorromanticismo, filosofías orientales, misticismo naturalista, hostilidad a la razón y comunismo, cuyos seguidores fueron absorbidos por el nazismo casi en su totalidad. En el mismo sentido, un estudio de los archivos de las asociaciones alemanas de *Naturschutz* (“protección de la naturaleza”) confirma los lazos existentes de estas organizaciones con el partido nazi: en 1939 “el 60 % de sus miembros se pasó al NSDAP (Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán)” [Raymond 1992: 113]. También se sabe que el príncipe Bernhard de Holanda, Presidente Internacional de la World Wildlife Fund (WWF) desde su fundación en 1962, en 1976 tuvo que renunciar a su cargo tras comprobársele la participación en el nazismo como miembro de las SS motorizadas y agente de la IG Farben alemana en París, empresa que proveía de combustibles y gases letales a los campos de concentración, tal como se reveló en el Juicio de Núremberg [Orduna 2008].



También hay que hacer mención de componentes del nazismo que se resignifican en grupos neonazis y organizaciones ecologistas actuales. Biehl y Staudenmaier [2019] señalan que el ensayo ecológico “Hombre y tierra” del filósofo antisemita Ludwig Klages (1872-1956) -cuya influencia sobre los jóvenes del *Wandervögel* fue decisiva para su incorporación al NSDAP- además de sintetizar los temas centrales del naturalismo nacionalsocialista, refleja la agenda del ecologismo actual: extinción de especies, deforestación, pérdida de hábitats naturales, ruptura del equilibrio ecológico, destrucción de los pueblos originarios, creciente urbanización, entre otros. En muchos países de Europa occidental las expresiones de racismo y los sentimientos xenófobos de los grupos neonazis hoy no solo se reflejan en manifestaciones públicas cada vez más reiteradas, sino que además gozan de mayor tolerancia social. Esto revela que el nazismo está experimentando un resurgimiento, “actualizando su ideología y hablando el nuevo lenguaje de la ecología, [invocando] nuevamente temas ecológicos para ponerlos al servicio de la reacción social” [Biehl y Staudenmaier 2019: 10]. La *deep ecology* (“ecología profunda”), un movimiento surgido a principios de la década de los ’70 en Noruega (véase más adelante), no escapa a estas consideraciones.

Por último, en un artículo titulado “Eco-fascismo: la ideología que une en matrimonio el ambientalismo con la supremacía blanca prosperando en línea”, Sarah Manavis [2018] observa un incremento de las retóricas derechistas amigables con la naturaleza, las cuales son utilizadas para justificar una ideología racista. “El movimiento *online* tiene raíces neonazis, y una violencia adicional que vale la pena tomar en serio”, señala Manavis, a la vez que reproduce algunos mensajes de usuarios de la revista *New Statesman* que reflejan el “matrimonio” entre ecologismo y fascismo: “Para ser justos, el Tercer Reich fue uno de los primeros gobiernos en hacer del conservacionismo un foco importante”; “Lo que realmente me molesta es cómo todos asocian la ecología profunda con el comunismo y las ideologías de extrema izquierda (...) Fue la Alemania nazi la que era ambientalmente consciente, no la Rusia soviética, con la industrialización rabiosa”, entre otros. Manavis observa que en varias cuentas de la comunidad ecofascista se manipula un *hashtag* (#EFDS), cuyo significado lo da a conocer otro usuario: “EFDS es el acrónimo de los Escuadrones de la Muerte Ecofascistas (*Ecofascist Death Squads*). Es un meme, supongo que se podría llamar así, acerca de que el mundo está superpoblado”. “Si bien no todos



los ecofascistas van tan lejos como para apoyar el asesinato en masa, la mayoría sostiene que la inmigración ha causado una sobrepoblación en sus países e insiste en que la única solución es deportar a aquellos que consideran no nativos”, acota Manavis. A su vez señala que si bien el aborrecimiento de casi todas las culturas no blancas de Europa occidental es central en el eco-fascismo, el antisemitismo es, por lejos, la forma preferida del racismo *on line*. Muchos elogian constantemente a Hitler, promueven la negación del Holocausto y muestran orgullosamente imágenes de ellos mismos usando esvásticas. No obstante, “aunque centrados en el antisemitismo, también expresan una amplia gama de declaraciones racistas. Regularmente publican fotos de escenas idílicas de bosques y valles, pidiendo a los blancos que se congreguen allí como un nuevo ‘etno-estado’” [Manavis 2018].

Naturalismo nazi y ecologismo: puntos de encuentro

Algunas similitudes y analogías entre el naturalismo nazi y una parte del ecologismo actual son insoslayables, como el uso de una terminología ecológica conservadora, los planes de aislamiento de los “más débiles”, el principio de la igualdad biológica, el discurso catastrofista, el acercamiento a la eugenesia (el “buen nacimiento”) y el darwinismo social.

1. El “equilibrio ecológico” y la “armonía con la Naturaleza”

En el preámbulo de la *Naturschutzgesetz* se registra una terminología (e.g., “fervor nostálgico”, “épocas originales”, “trastrocamiento de la campiña alemana”, “protección eficaz de la Naturaleza”) emparentada con cierta retórica anacrónica del ecologismo más conservador. El “equilibrio ecológico” y “armonía con la Naturaleza” son términos que forman parte de esa retórica. El primero es un antiguo mito (legitimado por la ecología clásica) sobre el funcionamiento de la naturaleza, que supone que -como resultado de las interacciones ecológicas- las especies de una misma comunidad mantienen un número de representantes más o menos constante a lo largo del tiempo. Para los seguidores de ese “orden natural”, cualquier alteración del equilibrio debe ser evitada, controlada y, si es



posible, retrotraída al estatus anterior. Sin embargo, desde hace más de tres décadas una ecología más realista comenzó a cuestionar la existencia del “equilibrio ecológico” a partir del registro de perturbaciones naturales (incendios, erupciones volcánicas, huracanes, inundaciones) que originan condiciones ecológicas nuevas, distintas a las previas, a veces propicias para el desarrollo de otras especies. Desde ese nuevo enfoque, si bien la ecología reconoce ecosistemas en condición de equilibrio (el que rara vez es “estable”), también registra otros que están en “desequilibrio”, en tanto sus estructuras y funciones van cambiando a través del tiempo.

En cuanto a la “armonía con la naturaleza”, se trata de una especulación que supone que el hombre primitivo (“natural” en la jerga nazi) vivió en “armonía con la naturaleza”, hasta que, se supone, vino el hombre moderno a romper tal relación de fraternidad (hay incluso enfoques extremos que retrotraen dicha ruptura al Neolítico, 10 mil años atrás). Sin embargo, existen evidencias de cambios abruptos en la naturaleza (e.g., glaciaciones, fluctuaciones en la temperatura media del planeta) desde que los primates homínidos (pertenecientes al género *Homo*), “antepasados” de la especie humana, hicieron su aparición en la Tierra a comienzos del Pleistoceno (hace alrededor de 2.5 millones de años atrás), que ponen en duda cualquier tipo de hipótesis sobre relaciones armónicas entre el hombre y la naturaleza. Esto no supone un aval -en un sentido contrario- a una relación hombre-naturaleza de dominación (sujeto-objeto),⁷ exacerbado por el régimen nazi como síntesis de un proceso de racionalización fomentado por la Ilustración y la razón científica occidental, tal como lo interpretó la Escuela de *Frankfurt*. En todo caso podría inferirse una relación funcional, que no siempre fue eficaz. Por ejemplo, a lo largo de la historia de la especie humana se fueron alternando períodos glaciares e interglaciares sucesivos (en intervalos de 40 mil a 100 mil años), los primeros de los cuales se correspondieron con fases climáticas extremadamente frías, en las que masas de hielos continentales llegaron a cubrir hasta el 40% de la superficie terrestre. A los efectos de la vida humana, o sea, la vida de una especie originaria de las sabanas tropicales de África, ¿de qué armonía se habla? No obstante, parte del ecologismo sigue insistiendo en el

⁷ “Todo acto de dominación implica la objetivación de lo que es dominado, trátase de la naturaleza u otro ser humano” [Yakushi 2012: 124].



“equilibrio” y la “armonía”, términos también utilizados por los nazis, hoy prácticamente en desuso en el análisis de los ecosistemas.

Es interesante tratar de comprender qué es lo que hay detrás de las hipótesis que refieren a la ruptura por parte del “Hombre” (tal como se refieren genéricamente los textos del ecologismo catastrofista) del “equilibrio ecológico” o de la “armonía de la naturaleza”. Una película de 2007 escrita, dirigida y editada por Timothy S. Bennett, “La vida al final del Imperio” (*What a way to go – Life at the end of the Empire*, título original) es un buen ejemplo de lo que el ecologismo no dice explícitamente cuando hace ese tipo de planteos. Típica película fatalista y falaz, con un mensaje neomalthusiano que se desprende de su propio argumento: el desarrollo de la humanidad está provocando un colapso de la capacidad de carga del planeta, poniendo en peligro el sostenimiento no sólo de la especie humana sino la de muchas otras que, se supone, antes de la “ruptura” vivían en total armonía. Según ese mensaje, la insostenibilidad es tan evidente, que el futuro sólo es posible con el regreso a la naturaleza, desandando el camino de la historia de la humanidad. Para Bennett el Hombre (genéricamente) es el único culpable de todo; no dice algunos hombres, o algunas empresas, o algunas corporaciones, o algunos países. Es decir, todos los hombres, nadie en particular. El planteo de Bennett es claro y concreto: la Revolución Neolítica fue una revolución totalitaria, por lo que seguidamente aconseja volver al campo a contemplar la naturaleza, a observar pájaros y mariposas, a la agricultura orgánica, una propuesta que si la tomara en serio habría que pensar en una propuesta eutanásica o la muerte por inanición de unos 6.800 millones de habitantes. Más o menos, ese sería el costo –dato que ese tipo de ecologismo oculta- para alcanzar la idea mesiánica del equilibrio, en el que unos pocos millones de privilegiados puedan sobrevivir a la gran Hecatombe planetaria [Goin 2015]. La idea de equilibrio y armonía de Hitler tuvo también su propio costo...

2. ¿Conservación de la diversidad cultural o aislamiento?

Las políticas de conservación de los pueblos originarios han sido concebidas por un sector del ecologismo dentro del contexto de protección y conservación de la naturaleza (como las de conservación de la biodiversidad). ¿En qué medida no son un legado de la opción



del “aislamiento” del nazismo antes aludida? Si bien es difícil elucidar el móvil de esas políticas, es innegable que con ellas se ponen barreras (voluntariamente o no) entre estas “culturas primitivas” y la civilización occidental. Un caso testigo es el de la Reserva Yanomami, un verdadero “zoológico humano” creado en 1991 en el límite entre Brasil y Venezuela como corolario de una campaña montada por Survival International (SI), la rama indigenista de WWF. Esta reserva fue encuadrada por la *International Union for the Conservation of Nature* (IUNC) dentro de la “Categoría VII, Reservas Antropológicas, Zonas Bióticas Nacionales”.⁸ En ese marco fue definida como área protegida donde sólo “se permite que continúe el modo de vida de sociedades en armonía con el medio ambiente, sin interferencias de la tecnología moderna”, una forma de fundar enclaves de “conservación cultural” (como los parques de protección y conservación de la biodiversidad). Los mismos antropólogos que diseñaron la reserva reconocieron que muchos yanomamis estaban dispuestos a integrarse para mejorar sus condiciones de existencia. Es probable, sin embargo, que ello haya sido considerado por SI y la IUCN como una “interferencia” a la armonía entre el modo de vida del pueblo yanomami (que a mediados de los años ‘80 tenía un promedio de vida de 30 años) con el medio ambiente. Entonces decidieron optar, como los nazis, por el gueto. Eso sí, con muros verdes de acacias y guayacanes [Goñi 2018].

La expresión anterior “muros verdes” no es una ironía ni una metáfora: una organización ecologista planteó la necesidad de imponer controles más estrictos en el acceso a la reserva por temor a que los yanomamis “quieran cambiar”. Véase el siguiente tramo del discurso del ecologista venezolano Antonio de Lisio, pronunciado en el 48 Congreso Internacional de la Sociedad de Americanistas, Estocolmo, julio de 1994, en el que presenta el “guion conservacionista” para un “uso ambiental apropiado” del alto Orinoco:

Es necesario erigir un “muro verde” para preservar a los yanomamis. Es necesario prohibir cualquier contacto entre estas comunidades y los agentes del cambio (...)
Las misiones, evangélicas y salesianas, han introducido herramientas de trabajo que han modificado la productividad de los yanomamis en sus actividades tradicionales de caza y recolección (...)
Las misiones promueven la sedentarización de los yanomamis, alterando en forma significativa su cosmovisión tradicional (...)
Algunas medidas de salud y educación del gobierno los sacan de sus hábitats y

⁸ Según las categorías de la IUCN de 1978, si bien después fueron modificadas (IUCN, 1992).



costumbres (...) Por lo tanto, es necesario: 1) Que las misiones, salesianas y evangélicas, se retiren de la cuenca del Alto Orinoco. (...) 4) Redefinir la política de salud y disuadiendo toda actividad educativa que modifique la cosmovisión y las estructuras sociales o mágico-religiosas de los yanomamis [de Lisio 1994, citado por Gretchen y Palacios 1994: 58]

Quizás ayude a comprender la intervención con los Yanomamis la apreciación de Mires [1990], quien reconoce tres tendencias dentro del ecologismo: la naturalista, la neo-romántica y la “revolucionarista”. Con respecto a la neo-romántica, señala que se basa en un principio de idealización de la naturaleza, rasgo que la diferenciaría de la naturalista, como consecuencia de lo cual todo lo que es “natural” es bueno y todo lo que es “social” es malo. Para Mires vuelve entonces a cobrar actualidad el cuadro del “buen salvaje” de Rousseau: “el hombre [natural] es bueno; la sociedad lo corrompe”. Con ello se justifica que los pueblos originarios (en tanto “naturales”) sean sometidos a un proceso de aislamiento para “preservar su identidad” y, de paso, evitar contactos con otras culturas, con lo cual se “contaminaría” y dejaría de ser un indio. Más sombrío aún es que esta tendencia propone una nueva manera de negación del indio:

El indio, al ser convertido en un “ideal” y no en un ser humano complejo y contradictorio, es nuevamente negado aunque, esta vez, con argumentos más refinados que en los tiempos de la conquista. Como todo ideal, no es sino pura abstracción; el indio concreto desaparece, asesinado, esta vez, mediante su propia idealización [Mires 1990: 81]

Otro aporte al respecto (volviendo a la Alemania nazi) lo hizo, una vez más, Schoenichen al expresar con claridad la aspiración del nazismo de preservar los “pueblos naturales” u “originales”, aludiendo a los pueblos originarios de América y África. Ello se enmarcaba dentro del concepto nazi de “proteger la naturaleza” y, en ese contexto, al indio –en el mismo sentido que el señalado por Mires- como ser natural. Pero, por si algo no quedaba claro, Schoenichen dejaba una exhortación adicional: “se prohíben los matrimonios mixtos, precisamente porque implican la desaparición de las diferencias y la uniformización del género humano” [Ferry 1994: 162]. Esto es, se prohíbe el mestizaje.



3. La igualdad biológica (Biocentrismo)

Este podría ser el “legado haeckeliano” del ecologismo: el principio de la igualdad biológica. Haeckel fue, en efecto, pionero en proponer la igualdad entre el hombre y los animales, una concepción que en los años ’70 dio lugar a la corriente denominada “biocentrista”, también reconocida como “ecocéntrica” o “biocéntrica”. La forma más acabada de biocentrismo se configuró con la aparición de la “ecología profunda” (*deep ecology*), una rama del ecologismo fundada en 1973 por el noruego Arne Naess. Esta corriente contrasta con la “ecología superficial” (*shallow ecology*), también denominada por los ecologistas profundos –de modo despectivo- “ambientalista” por su perfil “antropocéntrico” o “no biocéntrico”. El planteo de la ecología profunda es claro al respecto: el antiguo “contrato social” de Rousseau tiene que ser reemplazado por un “contrato natural”, en el cual todo el universo se vuelva sujeto de derecho, ya no para proteger al hombre sino al cosmos como tal, al que habría que defender de los hombres [Ferry 1992]. Antoine Waechter, político y ecologista francés, pone de relieve el contraste entre la ecología profunda y la ecología superficial (o ambientalista), al señalar que en estos últimos la palabra “naturaleza” ha sido expurgada como si fuera indecente, imponiéndose el término “medio ambiente”, cuestión que no es neutra, ya que se refiere a aquello que rodea la existencia humana. Para Waechter es una visión antropocéntrica coherente con el espíritu de una “civilización conquistadora, cuya única referencia es el hombre y cuya acción tiende toda al dominio total de la Tierra” [citado por Ferry 1992: 32]. No en vano los nazis adherían a la visión naturalista del mundo, a propósito de similitudes, ya que para ellos la naturaleza estaba conformada por objetos y fenómenos hechos por sí solos, sin la intervención del hombre, oponiéndose así a la visión “humanizada” y artificial del clasicismo francés, como se señaló anteriormente. Pero el “legado haeckeliano” no sólo se ve reflejado en la ecología profunda sino también en Greenpeace, una de las organizaciones insignes del ecologismo conservacionista internacional. En el editorial de sus *Crónicas* de abril de 1979 planteaba:

Los sistemas de valores humanistas han de ser substituidos por valores suprahumanistas que sitúen cualquier vida vegetal y animal en el ámbito de la consideración legal y moral. Y a la larga, tanto si hay a quien le gusta como a quien le disgusta, no quedará más remedio que recurrir si es necesario a la fuerza para



luchar contra aquellos que continúan deteriorando el entorno [Greenpeace 1979, citado por Ferry 1994: 127]1

4. El discurso catastrofista

Hay otra similitud entre nazismo y ecologismo: la matriz discursiva apocalíptica, con invocaciones constantes al miedo, amenazas, peligros inminentes. El miedo, como recurso, fue recurrentemente utilizado en la propaganda antisemita nazi: se difundía, por ejemplo, que los judíos transmitían enfermedades, procurando evitar que quienes no eran judíos ingresaran en los guetos para ver las condiciones en las que se vivía. Una manera más sutil de infundir miedo está en el prólogo de la *Naturschutzgesetz*: con “fervor nostálgico” allí se alude a la modificación de la flora alemana original, poniendo el acento en los “daños intelectuales, pero también económicos de semejante trastrocamiento de la campaña alemana”. En fin, poco cabe agregar con respecto al miedo inspirado por los nazis luego del pogromo antisemita de la “noche de los cristales rotos”, los guetos o los campos de exterminios.

Del ecologismo podrían citarse innumerables apelaciones al miedo (al crecimiento demográfico, a los agroquímicos, al cambio climático), pero quizás una sola cita sea suficiente para percibir acabadamente su inclinación catastrofista: la del 11 de marzo de 2011, día en que la energía nuclear se convirtió en una perfecta pesadilla humana. Si desde 1986 con el antecedente de Chernóbyl ya había una fuerte aprensión, ese día las fallas en los sistemas de seguridad de las centrales de Fukushima (originadas por los terremotos y el tsunami en Japón) permitieron consolidar aquellos temores. Hubo decenas de artículos, cientos de informes y miles de palabras al respecto, pero una declaración fue única a los efectos de mostrar el pensamiento distópico del ecologismo, la de Juan Carlos Villalonga (Director Político de Greenpeace Argentina):

El peor accidente sería que el núcleo quedara sin refrigeración: es la hipótesis ficcionalizada en la película *El síndrome de China*, así llamada porque el reactor, sin refrigeración, llegaría a calentarse tanto que se hundiría y atravesaría la Tierra hasta la antípoda (que para Japón, grosso modo, está en la Argentina).⁹

⁹ Diario *Página 12*, 12 de marzo de 2011: <http://www.pagina12.com.ar/diario/sociedad/3-164022-2011-03-12.html>



5. Eugenesia (el buen nacimiento) y la pureza racial

La Eugenesia es un movimiento intelectual fundado en 1833 por Francis Galton, primo de Charles Darwin, quien combinó el “principio de la población” de Malthus con los de la selección natural de Darwin. De esa mixtura surgió lo que el propio Galton definió como la ciencia del mejoramiento hereditario de la raza humana, una disciplina que proponía inducir -mediante apareamientos dirigidos- la herencia de ciertas “habilidades” humanas, como de aptitudes musicales o intelectuales, o de determinados rasgos físicos, como altura, peso, agudeza visual y auditiva, entre otras [Barahona 2005]. Sobre la base de esta concepción, el régimen nazi adoptó una política oficial de “higiene racial”, que incluía la restricción de matrimonios de persona señaladas como perteneciente a razas inferiores, programa de esterilización forzosa, promoción y cuidados especiales para el nacimiento de gente de “raza aria”, etc. En cuanto a las relaciones del ecologismo con la eugenesia, hubo dos académicos británicos, cofundadores de WWF y IUCN, las más emblemáticas organizaciones ecologistas internacionales: Julian Huxley (primer director de la UNESCO) y Max Nicholson (un influyente funcionario público de la postguerra en Gran Bretaña), ambos reconocidos miembros de Sociedad Británica de *Eugenesia* [Douglas 1994].

En un análisis de “La incógnita del hombre” de Alexis Carrel (1935), Premio Nobel de Medicina, un libro sobre el futuro humano desde la perspectiva eugenésica, Casals Costa [2009] observa una particularidad de la obra: el amplio uso de consideraciones ambientales que contiene el texto. Por ejemplo, en el índice conceptual la palabra “ambiente” es la que más veces se menciona, seguida de otras como “eugenesia”, “raza”, “herencia” o “degeneración”. En opinión de este autor, se trata del único libro abiertamente eugenésico que continúa siendo un éxito editorial en medio mundo, un fenómeno que cuesta justificar únicamente a partir del interés que pueda generar en la actualidad la eugenesia, sino también a partir de la adhesión que ha encontrado entre sectores del entorno ecologista en relación al futuro de la humanidad [Casals Costa 2009].



6. Darwinismo social y reduccionismo

Basándose en la teoría de la “selección natural” de Darwin, Herbert Spencer propuso en 1891 una “teoría social de la evolución”, que dio lugar al “darwinismo social”. Como se señaló anteriormente, fue uno de los pilares de la ideología nazi, en gran medida por influencia de Haeckel, para quien el darwinismo era, además de una teoría científica y filosófica, una bandera de lucha política en el “conflicto de razas”. Un siglo más tarde, en la misma sintonía de Spencer, uno de los referentes académicos de la Ecología contemporánea, Eugene Odum, trasladó sus elucidaciones sobre la evolución de los ecosistemas (la sucesión ecológica) a la evolución socio-económica de las sociedades. En efecto, en su *Ecological Vignettes* Odum [1998] planteó un paralelismo entre las distintas etapas sucesionales (evolutivas) de los ecosistemas y un supuesto camino lineal hacia el “progreso” de las poblaciones humanas. Es así que, utilizando el concepto de madurez de los ecosistemas, equiparó los estadios de mayor madurez de la sucesión ecológica (*climax*, en la terminología de la Ecología tradicional) con las sociedades más “desarrolladas”, condición que a su vez caracterizó como sustentable (o sostenible). Tanto Spencer como Odum reflejaron una lógica reduccionista, al proponer la comprensión de fenómenos y conflictos políticos, sociales, económicos, culturales, etc. en clave naturalista o ecológica.

El ecologismo también suele adoptar la lógica reduccionista de Spencer y Odum, al caer en la “metamorfosis conceptual”, en la cual la dimensión del medio ambiente elimina o subsume a las otras dos dimensiones del desarrollo: la social y económica [Murillo 2004]. En ese marco la Ecología se transforma en la “ciencia de las ciencias”, en una disciplina que, además, cobra una dimensión “ética” fundamental. Sin embargo, como señala Mires [1990], las normas sociales o culturales de la observación ecológica, no se deducen de la Ecología “en sí”, sino, más bien, de un estilo de pensamiento que recurre a la Ecología para complementarse a sí mismo. En tal sentido, la Ecología no plantea objetivos a realizar: “No existe el sistema ecológico ideal en la Ecología. El sistema ecológico ideal es una formulación extraecológica que construimos a partir de valoraciones éticas, estéticas, políticas, etc.” [Mires 1990: 37].



La política como tragedia

Desde la perspectiva de Rinesi, el término “política” resultaría inadecuado para aludir al “régimen nazi”: “... no hay ni podrá haber política en una sociedad donde *solo* hubiera división y antagonismo” [Rinesi 2011: 16, el resaltado me pertenece]. En el mismo sentido, refiriéndose a los neonazis de Berlín, Roma o Londres y a la violencia de los fundamentalismos nacionalistas, étnicos o religiosos, Grüner [2007] menciona que nada de eso –aunque intente disfrazarse de tal- es político. La política, dice el autor, es lo contrario a la violencia y a la guerra: es paz, acuerdo, contrato, diálogo, respeto, etc. Sin embargo, más adelante plantea la contradicción que suele encerrar la política:

independiente de sus diferencias teórico-ideológicas, de Platón a Hobbes, de Maquiavelo a Marx, de Weber a la Escuela de Frankfurt, de Carl Schmitt a Foucault, de Hegel a Sartre (...), ninguno de ellos se hizo jamás la más mínima ilusión sobre la posibilidad de combatir –o siquiera de comprender- los conflictos del poder sobre la base de las buenas intenciones, la buena voluntad o la disposición al diálogo de los sujetos cuyos intereses (materiales y/o simbólicos) estaban comprometidos en tal conflicto: ni siquiera “bellas almas” de la talla de un Rousseau o un Kant llegaron tal lejos en su optimismo voluntarista como para no ver que las relaciones sociales y políticas están permeadas por la lucha de intereses, la violencia y eso que Nietzsche (...) llamó “voluntad de dominio” [Grüner 2007: 28]

Es en ese sentido que aquí se plantea la “política” del nazismo como una representación –quizás la más acabada, aunque no la única- de la política permeada por la violencia y la “voluntad de dominio”, en palabras de Grüner. De allí que, como en la tragedia, su desarrollo y desenlace sean necesariamente fatídicos. He aquí el primer paralelismo entre la antigua tragedia griega y la política nazi desde su perspectiva “naturalista”: los conflictos que animan a ambos son de carácter irreductible; siguiendo la lógica de Rinesi, no admiten negociación y no dan la posibilidad de permanecer “un pasito más acá” del precipicio. En la tragedia de Sófocles no existe la posibilidad de resolver el enfrentamiento entre Antígona y Creonte al no haber puntos de acuerdo entre las pretensiones morales de ambos: a Antígona le parece injusta la ley promulgada por Creonte, y considera un deber sagrado –por encima de las leyes de los hombres- darle sepultura a su hermano muerto. Del mismo modo, no hay espacio de negociación en las



políticas de “higiene racial”, en las prácticas eugenésicas y en la puja entre *Volksgenossen* (“compatriotas”) y *Gemeinschaftsfremde* (“residentes”), utilizadas por los nazis para evitar la supuesta degeneración de la raza aria en el continente europeo.

Por otra parte, es posible corroborar tanto en la tragedia como en el nazismo la imposibilidad entre sus actores de discernir entre lo bueno y lo malo, un trastorno cognitivo conocido como “ceguera mental”. En la Introducción de *Antígona*, Ignacio Granero señala: “¿Hasta dónde puede llegar la ceguera mental? De acuerdo con la concepción trágica de Sófocles, hasta juzgar lo malo como bueno (...), deplorable estado en el cual se pierde la noción exacta de lo bueno y de lo malo” [Sófocles 2014: 10]. Es así que la elección de lo malo (la imprudencia) deviene inexorablemente en desgracia, tal es la concepción trágica. Nótese que el adivino Tiresias le advierte a Creonte que padece ese mal: “Tú estás dominado por esta enfermedad” (v. 1052), y que alguien de su sangre pagará el error con la muerte. La ceguera del antisemitismo nazi se ve reflejada en la encarnación del darwinismo social como base científica (la “supervivencia de los más aptos”) para justificar el Holocausto, o en la unidad “sangre y tierra” proclamada por Darré, según la cual sólo la sangre alemana tenía derecho a ocupar el sagrado suelo alemán (el medio ambiente), por citar solo dos ejemplos en los que la conjunción entre Naturaleza y pueblo alemán era exaltada para reformar la sociedad detrás de un supuesto “orden natural”.

Hay un tercer paralelismo entre la tragedia de *Antígona* y el nazismo: la opción de “aislamiento” del enemigo. Creonte, desoyendo al adivino, impulsado por la pasión (o por la ignorancia), decide condenar a la joven Antígona a la reclusión (que, en definitiva, era su condena a la muerte). Entonces les dice al Corifeo y a Hemón (su hijo y novio de Antígona): “La llevaré a un lugar desierto donde no haya huella de hombre alguno y la haré encerrar viva en una gruta de piedra, dejando junto a ella solamente el alimento expiatorio necesario para que la ciudad se vea libre de toda mancha” (Sófocles 2014: 774-778). Ya se mencionó la opción del “aislamiento” propuesta por los jefes nazis con el Plan Madagascar y Plan Siberia, lejos de Europa occidental, en los confines del mundo (en palabras de Creonte, “donde no haya huella de hombre alguno”), que luego de los fracasos militares en Inglaterra y Rusia devino en la etapa más feroz del genocidio.



Por último, es posible trazar un cuarto paralelismo en torno al cinismo, presente tanto en Creonte como en el propio Hitler. En efecto, cuando el rey de Tebas ordena cautamente la muerte de Antígona, encerrándola en “abovedada tumba”, “sola y abandonada”, muestra un notable cinismo al justificar que una muerte eventual de Antígona no corre por cuenta de él sino de ella: “Nosotros estamos limpios de toda culpa con respecto a esta joven; pero de todos modos será privada de habitar entre los vivos” [Sófocles 2014: 885-890]. Creonte quiere justificarse: él no es el responsable de la muerte de Antígona, quien, ya en la cueva, sin comida, pese a la promesa del rey, decide quitarse la vida, ahorcándose. El cinismo de Creonte alcanza su máxima expresión, como el de Hitler al señalar: “En el nuevo Reich no debe haber cabida para la crueldad con los animales”. Esta cuestión ha generado una interpretación muy controvertida y, en particular, muy incómoda en las sociedades protectoras de animales que tanto han proliferado en Europa occidental: “... no hay que perder de vista (...) que el interés [de los nazis] por la naturaleza, si no implica *ipso facto* el odio a los hombres, por lo menos no lo prohíbe. Reconozcámoslo: la frase de Hitler que abre la *Tierschutzgesetz* da que pensar” [Ferry 1994: 147].

Conclusiones

Básicamente se extraen dos conclusiones de este trabajo: la primera es que con el régimen nazi -y su naturalismo místico como componente ideológico central- la política se convirtió en tragedia, e irreversiblemente -como en Antígona- desembocó en un final funesto. La segunda es que la ecología (tanto la “ecología científica” como el “discurso ecológico”) ejerció una notable influencia en la configuración ideológica del nazismo, y viceversa, es decir, el naturalismo nazi se ha resignificado en un sector del ecologismo contemporáneo y, obviamente, en los grupos neonazis que han adoptado parte del lenguaje ecológico.

En cuanto a la primera, la política nazi -como representación de la política permeada por la violencia y la “voluntad de dominio” (en palabras de Grüner 2007)- fue efectivamente una tragedia, cuestión que se deduce no sólo de su desenlace fatídico, sino del reconocimiento de algunos componentes análogos con *Antígona*, propios de la tragedia: el carácter irreductible de los conflictos, la “ceguera mental”, las opciones de



“aislamiento” como antesala de la eliminación y el cinismo. En ese marco, cabe una consideración sobre el pensamiento trágico visto desde la perspectiva de la dialéctica hegeliana, y viceversa: de la dialéctica hegeliana vista desde la perspectiva trágica. “La humanidad aprende una lección”, diría un hegeliano después de leer *Antígona* o de repasar los testimonios de los juicios de Núremberg. Es decir, la dialéctica le agrega a la tragedia un “pero” cuya significación es, si se quiere, reparadora: pero la humanidad aprende una lección, tanto frente a la muerte de Antígona como al genocidio perpetrado por los nazis. Sin embargo, la tragedia le agrega otro “pero” a la dialéctica, ya no reparador como aquel: ¿quién le devuelve la vida a Antígona o a millones de personas asesinadas en el Holocausto en nombre de la pureza racial o de “la sangre y la tierra”?, diría un trágico frente a la misma situación. En palabras de Rinesi:

la dialéctica, cierto, es la tragedia más un “pero”, pero ese “pero” es un “pero” que no deja en pie nada de aquello contra lo que se levanta (...) La tragedia, en cambio, es la dialéctica más un “pero”, pero ese “pero” es un “pero” que no cancela la especificidad de aquello frente a lo que, más que “levantarse”, viene a afirmar, apenas, las existencia de otra posibilidad: la posibilidad de perseverar en la perspectiva de lo irrecuperable, de la muerte irremediable de las víctimas de la historia, de las humillaciones sufridas por “el último mendigo” [Rinesi 2011: 257]

Con respecto a la segunda conclusión, las relaciones entre el nazismo y la ecología son insoslayables, más allá de las incomodidades que genere esta afirmación. Dan testimonio de ello tanto los aportes conceptuales de la “ecología científica” a la ideología nazi (Haeckel, “padre” de la ecología, fue el principal ideólogo del nacionalismo racista) como del discurso ecológico a la política del NSDAP y sus planes de gobierno: leyes de protección de la naturaleza, agricultura biodinámica, política de expansión territorial (el “espacio vital” de la raza aria y su contexto ambiental), hábitos vegetarianos, entre otros. En ese marco, se debe resaltar –quizás como tercera conclusión– que todos los componentes del proyecto nazi tuvieron implicancias en el Holocausto, y sobran argumentos –algunos de los cuales fueron expuestos en este trabajo– para señalar que el componente ecológico no estuvo exento de responsabilidades en el genocidio. Asimismo, como señala Manavis [2018], es insoslayable que detrás de las imágenes de paisajes bucólicos e idílicos y de una retórica ecológica recalitrante adoptada por grupos neonazis



y ecologistas profundos, el eco-fascismo está impulsando una ideología racista, violenta como la del nazismo, en nombre de la protección del planeta.

Bibliografía

BARAHONA, ANA

2005 Dalton y el surgimiento de la genética humana. *Ludus Vitalis*, XIII (23): 151-162.

BIEHL, JANET Y PETER STAUDENMAIER

2019 *Ecofascismo: lecciones sobre la experiencia alemana*. Virus Editorial, Barcelona.

DARRÉ, RICARDO WALTHER

1939 *Um Blut und Boden: Reden und Aufsätze*. Eher, Múnich.

DOUGLAS, ALLEN

1994 El WWF promueve la ciencia racista y el gobierno unimundista. *EIR Executive Intelligence Review*, XI (20-21): 18-19.

ENTEL, ALICIA; VÍCTOR LENARDUZZI Y DIEGO GERZOVICH

1999 *Escuela de Frankfurt. Razón, arte y libertad*. Eudeba, Buenos Aires.

FERRY, LUC

1992 La ecología profunda. *Revista Vuelta*, 192 (16): 31-43.

1994 *El nuevo orden ecológico*. Tusquets Editores, Barcelona.

GOBINEAU, JOSEPH ARTHUR

2014 *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*. Ediciones Sieghels, Buenos Aires.

GOIN, FRANCISCO

2015 La vida al final del Imperio (Comentario). *La Cueva de Chauvet*, disponible en: <http://lacuevadechauvet.com/2015/10/19/la-vida-al-final-del-imperio/>

GOÑI, RICARDO

2018 *Ecologismo y neoliberalismo en América Latina*. Ediciones Baobab, Buenos Aires.

GRETCHEN, SMALL Y SILVIA PALACIOS

1994 Los yanomamis: el “buen salvaje” de la familia real británica. *EIR (Executive Intelligence Review)*, XI (20-21): 56-58.

**GRÜNER, EDUARDO**

2007 *Las formas de la espada. Miserias de la teoría política de la violencia*. Colihue, Buenos Aires.

GUDYNAS, EDUARDO

2010 La senda biocéntrica: valores intrínsecos, derechos de la naturaleza y justicia ecológica. *Tabula Rasa*, 13: 45-71.

HOLOCAUST ENCYCLOPEDIA

2019 Víctimas de la era nazi: ideología racial de los nazis, en *United States Memorial, Holocaust Museum*. <https://encyclopedia.ushmm.org/content/es/article/victims-of-the-nazi-era-nazi-racial-ideology>

HORKHEIMER, MAX

2002 *Crítica de la razón instrumental*. Editorial Trotta, Madrid.

IUCN (INTERNATIONAL UNION FOR CONSERVATION OF NATURE)

1994 *Directrices para las Categorías de Manejo de Áreas Protegidas*. Comisión de Parques Nacionales y Áreas Protegidas. UICN, Gland, Suiza y Cambridge, Reino Unido.

KUKSO, FEDERICO

2004 Heil plantita, en *Diario Página 12*, 1 de noviembre.

LEHMANN, ERNST

1934 *Biologischer Wille. Wege und Ziele biologischer Arbeit im neuen Reich*, Ed. München.

MANAVIS, SARAH

2018 Eco-fascism: The ideology marrying environmentalism and white supremacy thriving online, en *New Statesman*, 21 de septiembre, recuperado de: <https://www.newstatesman.com/science-tech/social-media/2018/09/eco-fascism-ideology-marrying-environmentalism-and-white-supremacy>

MAS TORRES, SALVADOR

1987 Técnica, Razón y Naturaleza en la Escuela de Frankfurt. *Logos. Anales Del Seminario De Metafísica*, XXII: 37-62.

MIRES, FERNANDO

1990 *El Discurso de la Naturaleza. Ecología y Política en América Latina*. Espacio Ed., Buenos Aires.



MURILLO, DANIEL

2004 Falacias del desarrollo sustentable: una crítica desde la metamorfosis conceptual. *Economía, Sociedad y Territorio*, IV (16): 635-656.

ODUM, EUGENE

1998 *Ecological Vignettes: Ecological Approaches to Dealing with Human Predicaments*. Harwood Academic Publishers, Amsterdam.

ORDUNA, JORGE

2008 *Ecofascismo. Las internacionales ecologistas y las soberanías nacionales*. Ed. Martínez Roca, Buenos Aires.

RAFECAS, DANIEL

2012 *Historia de la Solución Final. Una indagación de las etapas que llevaron al exterminio de los judíos europeos*. Siglo Veintiuno Editores, Buenos Aires.

RAYMOND, H. DOMINICK

1992 *The Environmental Movement in Germany: Prophets and Pioneers, 1871-1971*. Indiana University Press 86, Bloomington and Indianapolis.

RINESI, EDUARDO

2011 *Política y tragedia: Hamlet, entre Maquiavelo y Hobbes*. Colihue, Buenos Aires.

2015 Notas sobre la tragedia y el mundo de los hombres. *Anacronismo e Irrupción Tragedia, Revista de Teoría y Filosofía Política Clásica y Moderna*, 5 (8) (Tragedia, comedia y política): 271-296.

SALMERÓN Y ALONSO, NICOLÁS

2009 *Doctrinal de Antropología*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid.

SARANDÓN, SANTIAGO Y CLAUDIA FLORES

2014 *Agroecología: bases teóricas para el diseño y manejo de agroecosistemas sustentables*. Edulp, La Plata.

SCHMIDT H, LUDWIG

2016 Biocentrismo: un paradigma emergente del conocimiento humano. *Revista de Bioética Latinoamericana*, 18: 41-106.



SÓFOCLES

2014 *Antígona* (traducido por Ignacio Granero). Eudeba, Buenos Aires.

YAKUSHI, JORGE

2012 Max Horkheimer y Theodor W. Adorno: *Dialéctica de la Ilustración*. El dominio instrumental como causa de aporía. *Estudios de Filosofía*, 10: 123-139.

ZIMMERMAN, HÉCTOR

2014 Biocentrismo: un paradigma emergente del conocimiento humano. *Revista Anales Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales*: 171-188.